
E'un Chancho!

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7666

Título: E'un Chanco!
Autor: Javier de Viana
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 31 de agosto de 2022
Fecha de modificación: 31 de agosto de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

E'un Chanco!

A Luciano Maupeu.

Grande, gordo, barbudo, cabalgando en una yegüita petiza, flaca y peluda, Lucio Díaz llegó en un blanco atardecer de invierno a la estancia de don Filisberto Loreiro Pintos, situada en "Capao de Leao", entre las asperosidades del sur riograndense.

Cerca del galpón, bajo enorme higuero silvestre, sentado en grosera silla con asiento de cuero peludo, el dueño de casa, un viejito endeble, inmensamente barbudo, parecía dormitar. Y cuando el gaucho, deteniendo su cabalgadura, se quitó el chambergo y saludó, él observóle en silencio un buen rato, para mascullar después, sin quitar de los labios el largo y grueso cigarrillo de "río novo", liado en chala, un:

—Abaixa-te.

Lucio desmontó, y, solicitado y obtenido permiso para hacer noche, púsose a desensillar, en tanto el viejo lo observaba atentamente. Cuando, volvió de atar a soga su yegüita, don Filisberto afirmó:

—Tu es o Salao.

—Por mal nombre, sí, señor—respondió Díaz; y el viejo, siempre estudiándolo, interrogó de dónde venía.

—Del Estado Oriental.

—¿Acabau-se a guerra?...

—Entuavía no, señor; pero... ya nu hay caballos!...

Sonrió el viejo; e indicando a Lucio que se "acomodase" en el galpón, levantóse y fué andando lentamente, arrastrando los zuecos, hacia las habitaciones. Estaba preocupado. Comió con desgano la "feijoadá", y al terminar la cena armó un formidable cigarro en chala de todo el largo de la mazorca, encendió y quedóse solo y meditabundo en el amplio y desnudo comedor. La presencia del "Salao"—cuya fama de gaucho guapo le era conocida—había hecho reverdecen en su espíritu un pensamiento dominador: vengarse cruelmente de su odiado vecino, don Hildebrando Sosa Junqueiro ("Librandito"), hijo de "Librando", su mortal enemigo. Con éste, la lucha tuvo sus alternativas; pero el heredero, joven, vigoroso, valiente y astuto, le había puesto el pie encima. Los años agotaron sus energías, sin disminuir, sin embargo, la calidez de sus perversidades mulatas...

Al día siguiente, de madrugada, llamó aparte a Lucio y le dijo:

—¿Tu conheces a Sosa Junqueiro?

—Conozco —respondió el gaucho.

—¡E un chanco!...

—Será, sí, señor.

—Mais... e bravo.

—Asina cuentan...

—¿Tu te animas a matal-o?

—Asegún.

—Receloso, el gaucho evitaba comprometerse. Don Filisberto explicó el caso: dábale trescientos mil reis y un flete elegido porque asesinara a Hildebrando; el caballo y cien mil reis en el acto; el resto después de consumado el crimen.

Lucio se rascó la cabeza. Andaba muy pobre; peliar, había

peinado muchas veces y se había "disgraciao" varias; pero asesino, no; nunca había sido asesino... En cambio era gaucho, y tras breve indecisión, respondió:

—Aceto.

Se cerró el trato. El estanciero entrególe los cien mil reis y un overo azulejo "de rajar con la uña". El resto lo cobraría cuando le mostrara el cadáver de Sosa Junqueiro. Al oscurecer de ese mismo día, partió, recibiendo del mulato esta última recomendación:

—iDegolla! iDegolla sem asco!... iE un chanco!...

Lucio Díaz conocía perfectamente a Hildebrando Sosa Junqueiro. Sabía que era bueno, que era honrado y que... era "de los que no se tragan sin mascar". Pero llevaba su plan bien trenzado y así fué que, cuando a la mañana siguiente desmontaba, afablemente recibido por el "fazendeiro", no titubeó en responder a la pregunta de qué andaba haciendo:

—Vengo a matarlo.

Mirólo Sosa con fijeza, corrió disimuladamente la mano por la cintura, y cerciorado de que el facón y la pistola estaban en su sitio, contestó sonriendo:

—Faz teu gosto em vida, rapaz.

A su vez sonrió el gaucho. Contó el compromiso contraído con don Filisberto,—sin olvidar la recomendación de: "Degolla, degolla sem asco, que e un chanco",—y el ardid que había ideado para burlar al "mulato", alma de escuerzo".

—iBoa fumada!... icona conmigo, rapaz!...—respondió Sosa lanzando una bulliciosa carcajada, encantado con la farsa.

* * *

Tres días después se comentaba en el pago la misteriosa

desaparición de Sosa Junqueiro. Al cuarto Lucio se presentó en "Capao de Leao", reclamando la suma adeudada; pero Loreiro Pintos manifestó que no pagaría hasta no ver con sus propios ojos el cadáver de su enemigo. El gaucho tuvo que someterse, y esa noche, después de cenar, salieron rumbo a la sierra. Cinco peones y catorce perros servían de escolta al medroso y vengativo estanciero. Cerca de las doce serían, a juzgar por la altura del Crucero, cuando hicieron alto, a la entrada de una abra boscosa. Avanzando con cautela, llegaron a un sitio donde veíase la tierra frescamente removida.

El mulato largó una interjección de feroz contento; pero no se dio por satisfecho, y ordenó que, con los facones, desenterrasen el muerto. Y entonces, a la luz de un pedazo de luna, apareció una cosa blanca y cerduda.

—¡E un chancho!—gritó furioso Filisberto.

—Dejuro;—respondió Lucio muy serio—Era un chancho con cuerpo 'e gente, y después de muerto, lo que juyó el alma, no quedó más qu'el chancho.

Filisberto lanzó un rugido de rabia; Lucio desparramó una carcajada, dio de riendas al overo, picó espuelas y se largó a escape por la cuesta abajo. El pingo era bueno: ni los perros ni las balas de los peones del mulato lograron alcanzarlo.

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.